

disgusto que el de su muerte, fué tambien allí en 1677 y 1680. Después de la muerte de Ana de Austria, su hijo ofreció por el reposo de su alma cincuenta mil misas en los principales santuarios, dedicadas sobre todo á la imagen santísima.

Después del tratado de los Pirineos, envió á dar gracias y ofrecer ricos dones á nuestra Señora de Chartres, á nuestra Señora de Loreto y á nuestra Señora de la Gracia.

Luis el Grande, como su padre Luis XIII, pertenecía á la cofradía del escapulario, y rezaba habitualmente su rosario. El padre de La Rue admitido un día á una audiencia particular de este príncipe, le encontró piadosamente ocupado en rezar su rosario formado de grandes cuentas: manifestando el padre una gran sorpresa acompañada de respetuosos y edificantes sentimientos, "no os sorprendáis, le dijo el rey; yo me vanaglorío de rezar mi rosario; es una práctica que conservo de la reina mi madre, y sentiría mucho faltar un solo día á esta devoción."

El embajador de España se presentó en la brillante corte del gran monarca con su rosario en la mano, y nadie encontró nada que tachar en esta acción.

Segun una antigua costumbre, ponfase entonces entre los regalos de boda un rosario de soberbias horas de la Virgen. Esta costumbre duró hasta el tiempo de Luis XV.

Luis XIII habia tomado la Rochela, el último baluarte del calvinismo en Francia; Luis XIV aniquiló esta turbulenta herejía por la reyocacion del edicto de Nantes. Esta medida que aseguró la tranquilidad del reino, ha sido culpada en términos muy amargos. Se olvida que los calvinistas eran entonces los facciosos incorregibles que no se avergonzaron de llamar á los ingleses.

Luis XIV, el monarca mas grande de su siglo, expiró murmurando con sus labios agonizantes el *Ave Maria*, que habia repetido con voz firme por muchas veces consecutivas, mientras se rezaban cerca de él las oraciones de los agonizantes.

LIBRO XIII.

Los tiempos modernos.

DEL seno del Mediterráneo, cuyas olas azules se embalsaman á diez leguas de distancia con el dulce perfume del naranjo, se levanta una isla pedregosa, cuyas montañas coronadas de nieve, cuyos bosques de pinos, cuyas colinas sembradas de enormes castaños, que recordarian la Suiza si sus enormes ramos de mirto, sus bosques de naranjos y de limoneros, sus alamedas de olivos gigantescos, sus robustos granados de rosas encarnadas y sus restos de torres romanas, no diesen á gritos que aquella era una tierra de Italia. Aquel país es la tierra natal de Paolí, el gran patriota, y de Napoleon, el grande emperador; la Córcega, una isla italiana que forma hoy día uno de los departamentos de la Francia.

Esta isla, fértil é inculta á la vez, está habitada por una raza primitiva, pobre, belicosa y hospitalaria como los *Highlands* de Escocia ó de las montañas del Cáucaso; afecta al catolicismo y en todo tiempo pura de toda la herejía, es asustadiza hasta el exceso por lo que toca al honor, y olvidando el mandato divi-

no que prescribe el perdón de las ofensas, se hace justicia por sus propias manos, y después de siglos se venga la afrenta con el asesinato.

El primer aspecto del país, civilizado como es, encierra no sé qué perfume salvaje; concébase que está habitada por un pueblo esencialmente devoto á la Virgen Santísima; su imagen se eleva á la entrada de las aldeas, en las encrucijadas, al borde de las fuentes, en lo alto de los promontorios y en medio de los bosques de naranjos que se extienden sobre las costas. Las cercanías de Bastia están cubiertas de deliciosas y pequeñas capillas á la italiana dedicadas á la Anunciación, á la Visitación ó á nuestra Señora del Buen Consejo. El día de estas fiestas, que llegan en la primavera ó en el estío, se abandonan las villas para ir á visitar á las Madonas, á las cuales se llega por senderos olorosos y bordados de flores. Cada familia después de haber rogado á la Virgen, se sienta á la fresca sombra de los grandes árboles y se abandona á un gozo moderado haciendo una colación campestre.

La Córcega tuvo en otro tiempo muchas catedrales; la mayor parte fueron fabricadas bajo el título de Asunción. Entre tanto la fiesta mas solemne de María, es la de la Inmaculada Concepción. Empieza con una novena, y el sonido de las campanas y el ruido de los cañonazos la anuncian; los buques están empavesados; el pavimento de las calles se riega de mirto; se hace una solemne procesion al rededor de la ciudad y al compás de una música militar en la que los hermanos de la Concepción, con traje de penitentes, y la antorcha encendida en las manos, preceden á la imagen de la Virgen adornada de una corona de plata, con gargantillas de piedras preciosas y brazaletes de oro. Al mismo tiempo los altares de María cargados de una profusion de flores arrojan sobre las baldosas sagradas la claridad de seis mil luces. Aquella es una fiesta enteramente religiosa y el gozo expansivo.

En los campos, el cura, el vicario, ó simplemente el anciano, rezan el rosario todas las tardes á la hora en que la campana de la villa toca la *agonía del día que se extingue*. Algunas veces se entrevé entre la nube lejana y sobre la punta de una roca fracturada, una sombría figura apoyada sobre su ca-

rabina; es un proscrito que aventura su vida para unirse á la oracion comun, porque la Madona es la última esperanza de estos hombres fogosos, pero creyentes, que llevan su imagen sobre el pecho, pidiendo en su nombre á los pastores un poco de leche ó un mendrugo de pan negro, para alimentar su miserable existencia. En estos últimos tiempos un jóven corzo compañero del célebre bandido Santa Lucia, defendiendo su vida solo y herido contra un regimiento de linea y una nube de gendarmes, invocaba á la Virgen en aquella lucha desesperada, mientras que sus parientes y sus amigos de rodillas al pié de la roca que les habia servido de último asilo, rezaban por él las oraciones de los agonizantes; todo hacia creer, dice el autor que cuenta esta escena conmovedora, que el último pensamiento de este desgraciado seria para Dios, porque se encontró sobre él una medallita de la Virgen santísima á quien estrechaba contra su corazon mientras que sus parientes y amigos rogaban por él.

El 30 de enero de 1735, la nacion después de haber saucido el yugo de la república de Génova, reunió sus cortes generales para darse un gobierno nacional, y eligió por reina de la Córcega á la Virgen santísima, elevando su bandera hasta en los últimos combates de su jóven libertad agonizante. Los dos Paoli, Pascal y Clemente, los dos grandes capitanes, los dos muy devotos á María, (1) hicieron respetar aquella bandera. Clemente, de quien la historia habla tan poco, pero al que la tradicion local recuerda siempre, antes de combatir hacia rezar el rosario á sus soldados puestos de rodillas. Algunos ingleses asombrados de esta costumbre le hicieron observar en muchos encuentros, que mientras el enemigo marchaba á ellos, sus soldados prosternados no podian defenderse. "Dejadlos rogar, millores," respondia Paoli con su voz marcial y acentuada. Concluida la oracion, los corzos se levantaron como leones y no cesaron un solo paso, porque el soldado que ora no sabe huir; los verdeanos enseñaron esto á la república francesa. Pascal Paoli hizo fabricar dos capillas á la Virgen santísima, la una en Pastoneccia cerca de *Porta-Nuova*, teatro de la sangrienta batalla que vió perecer la nacionalidad de la Córcega, y en donde un gran número de sus parientes, que eran los nuestros, perdieron la vida; la otra en Morazaglia, donde se levantaba su cas-

tillo de gentil-hombre corzo. Durante su destierro fabricó otra en Inglaterra.

Desde el tiempo del rey Teodoro, el consejo nacional hizo grabar en el reverso de las monedas de oro y de cobre: *Mons- tra te esse Matrem*.

Napoleon se complacía en decir que la Virgen santísima era la reina de su patria, y mientras que fué un simple oficial, manifestó mucha devoción por una Madona francesa que se encontraba en el convento de las ursulinas de Auroenne, y continuamente iba á orar allí. La imagen de esta Virgen ha sido trasportada á la parroquia en que se la venera.

A través de las saturnales de la regencia y al reinado corrompido de Luis XV habíase llegado al fin del siglo XVIII, en que la religión había sido herida por el soplo impuro é irónico de la mala filosofía. La revolución de 1793 vino á lanzar á la Virgen de sus altares y á Dios de sus templos. Se dió orden de cerrar las iglesias y destruir cuanto tuviese alguna apariencia de simulacro cristiano. ¡Ay! fué un triste espectáculo el ver caer los calvarios y mutilar las Madonas, que se abrigan púdicamente bajo los verdes follajes de los bosques. En la Baja-Bretaña, sobre todo, fué donde la devastación tuvo en que ejercitarse. "Podríase asegurar sin exageración, dice M. Emilio Souvestre en su interesante obra sobre los bretones, que algunos parajes de nuestros caminos de travesía están empedrados con santos: aquel es un empedrado completo de cabezas, de cuerpos y de miembros cristianos." Aquellos días están llenos de grandes profanaciones, pero también de nobles rasgos de una consagración digna de los tiempos antiguos. La Bretaña, mas que ninguna otra parte, ofreció una resistencia pasiva, íntima y tenaz que llegó á fatigar á la misma persecución; pero ella no cedió ni á la cólera ni al miedo. Al pasar cerca de los nichos viudos ya de sus Madonas, el primer breton se quitaba triste y piadosamente su gorro de grandes borlas, y seguía su camino rezando el *Ave Maria*. El domingo sentábase con su familia delante de su puerta, y allí permanecía en un profundo silencio, con los ojos clavados sobre la iglesia de su aldea, (2) en donde tantas veces había invocado á Jesús y María. "Yo haré derribar vuestros campanarios, decía Juan-Ban Saint-André al corregi-

dor de una aldea, á fin de que no tengais objeto que os recuerde vuestras supersticiones de otro tiempo."—"Pero estais obligado á dejarnos las estrellas, respondió el paisano, que se ven de mas lejos que nuestro campanario." Su devoción sin altares tenía alguna cosa de exaltada, de melancólica que se aurraba simpáticamente en las ruinas religiosas, con las cuales estaban cubiertas las campanas. La Virgen que había desaparecido de sus iglesias campestres, se había refugiado bajo sus techos de paja, y leíase bajo sus estatuas de barro, cien veces mas respetadas que los penates de los antiguos: "Santa Madre de Dios, sed la protección de esta morada." Y quién sabe lo que hubierá sucedido, si un azul hubiese osado romper esta imagen colocada á la sombra del hogar doméstico, porque allí, bajo las cortinas de sarga verde del arrendador breton, había siempre una vieja carabina, y si la Bretaña es el país de los sentimientos religiosos, también lo es de los profundos y eternos rencores. Aun queda un poco del moho céltico sobre el oro de las virtudes de estas buenas gentes; este pueblo es el solo de la cristiandad á quien se le haya ocurrido asociar el nombre de la Virgen misericordiosa á un pensamiento de venganza, y elevar santuarios bajo el título extraño y mas verídico que cristiano de *Nuestra Señora del Odio*. (3)

Las peregrinaciones á la Virgen santísima no concluyeron en Bretaña bajo el reinado del Terror, solo se revistieron de formas galanas. Tenían lugar de noche á través de tierras desiertas donde los *merhers* y las hayas del Dios *sin nombre* vestían cual grandes fantasmas el luto de sus pardos musgos. Cada peregrino llevaba en la mano derecha un rosario y en la izquierda una antorcha, y todas estas figuras pálidas y medio veladas con sus largos cabellos ó bandas caídas de sus gorras blancas, pasaban lentamente entre los matorrales salmodeando un cántico á la Virgen. Algunas veces una columna republicana emboscada al borde de un soto ó tras un vallado de espinos ó castaños, que se prolongaban sobre un camino ahondado, hacía fuego sobre la rústica procesión. El paisano breton no por eso dejaba volver algun día después á sus peligrosas devociones. En alguna provincia vecina los aldeanos que á la luz de una noche estrellada iban á orar á Dios y á nuestra Señora al fondo

de alguna quebrada lejana, atravesaban las aldeas ocupadas por soldados azules cantando á la Virgen himnos que iban puestos en aires republicanos.

Durante aquel tiempo las iglesias de las ciudades eran entregadas al pillaje. Robábase el oro, la plata, el hierro, las rejas, los mármoles, las entabladuras; arrancábanse las obras de arte que decoraban los muros, desgarrábanse los cuadros, y obreros pagados á gran precio estaban encargados de hacer desaparecer las esculturas de las murallas y de las bóvedas; hacíanse bajar las campanas para convertirlas en moneda, y esta fabricacion *patriótica* costó al Estado, segun su misma confesion, veinte millones. (4)

“Insensatos! dice Laharpe levantando sus palabras atrevidas y mordaces contra los ejecutores de aquellas sacrílegas devastaciones, insensatos! ¿está acaso la creencia grabada sobre las murallas? ¿está acaso escrita la religion sobre los cuadros? No, ella está en los corazones á donde no podeis llegar, en las conciencias que os condenan, en el espectáculo del universo que habla á todos los hombres, en el cielo que os juzgará. ¡Destruutores imbéciles! habreis cantado victoria; ¿dónde se encuentra hoy ese triunfo? Temblais de rabia cada dia al ver la afluencia que llena nuestros templos: no son ya ricos, pero son siempre sagrados; están desnudos, pero llenos. La pompa ha desaparecido, pero el culto ha quedado; ya no se huellan los mármoles y los preciosos tapices, pero prostérnase en los escombros y se lleva sobre las ruinas.”

El bello cántico á María “yo pongo mi confianza, oh Virgen! en vuestro socorro” era el canto del cadalso. En 1792 dos carretas llenas de pobres mujeres realistas, que caminaban á la guillotina, pararon al frente de un banquete cívico, servido por lo mas selecto del Terror. La señora de Montmorency-Laval, venerada por su virtud y respetable por su bello nombre, tan antiguo é ilustre en Francia, iba encima de estas carretas con las manos atadas tras de la espalda, con seis de sus religiosas, porque era abadesa de las carmelitas de Montmartre, una órden religiosa fundada en Oriente bajo el patronato de María, como ya lo hemos dicho en otra parte. Estas santas hijas de la Virgen á quienes la tempestad revolucionaria había arrojado sobre

las alas tormentosas del mundo para perecer allí, cantaban el himno de los vencedores, el cántico de su patrona, ni mas ni menos que si estuvieran ocultas bajo sus velos en el coro de su bella iglesia. ¿No se podia dejar cantar en paz á las nobles mujeres que iban á morir?... No; la horrible calma de los miserables que deshonraron la república, estalla al oír este canto piadoso; una centena de tevanistas, ataviados de gorros rojos, se lanzan sobre las carretas sobre el palo levantado, gritando al mismo tiempo: “¡Silencio las beatas! que canten la *Marsellesa*!... ¡Que se obedezca al pueblo!... ¡Vamos! ¡a Marsellesa, al momento!” Las hijas de María como si no hubiesen oido aquellos gritos espantosos, continuaban sin embargo su dulce canto. Irritados con esa resistencia pasiva con la cual no contaban, aquellos feroces banditos detienen, maldiciendo, los caballos, y se disponen á maltratar cobardemente á las pobres mujeres para quienes la muerte debe llegar dentro de pocos instantes; pero existe siempre tanta nobleza en el pueblo francés aun en los momentos mismos en que se encuentra descarriado, que otros republicanos acudieron gritando: “¡Muerte á los que quieren asesinar á las mujeres!” y empóñase entonces una lucha terrible al rededor de los carros. Un jóven patriota cuya cabeza está cubierta de un gorro frigio arranca el sable á uno de los gendarmes, y colocándose cerca de la carreta en que las carmelitas espantadas se apretaban al rededor de su venerable abadesa, para los golpes que le dirigia con tanto coraje como sangre fria; pero no obstante sus esfuerzos, uno de aquellos golpes ha llegado á una jóven religiosa que está herida en el pecho de un sablazo. Su vida se acababa con la sangre, que corria á borbotones sobre sus oscuros vestidos, y la palidez de la muerte se extiende ya sobre su dulce y paciente rostro. “Santa que vas á subir al cielo, gritó una mujer del pueblo arrodillándose delante de la religiosa que espiraba, bendícidme.—Bendita seas, respondió la hija del Carmelo con una voz desfallecida, y vos que nos habeis defendido en el camino de la muerte, continuó presentándole su rosario de una riqueza verdaderamente aristocrática al republicano enternecido, aceptad este don de mi reconocimiento...”

Las carretas se pusieron en marcha otra vez, y los cantos si-

guieron... Cuando cesaron, todos los corazones de aquellas desgraciadas mujeres habian dejado de latir, y María habia recibido en su seno á sus fieles servidoras.

La revolucion arrastró en su torbellino las órdenes religiosas consagradas á María, de la misma manera que el viento de la tempestad arrebata las plantas útiles: el de los carnalitas dejó tras sí algo parecido al perfume de la rosa muerta y derrocada; es el agua bienhechora y balsámica que lleva su nombre.

De setecientos mil edificios que cubrian el suelo de la Francia, en cada uno de los cuales habia un altar de la Virgen santísima, quedan apenas dos mil iglesias dignas de la atención del anticuario y del artista; las otras quemadas, compradas, robadas, destruidas, convertidas en hornos para cal, presentarán apenas algunos restos miserables, manantiales de largos é inútiles pesares! "Ved, pues, exclama M. Julio Jarin con generosa indignación; ved á qué ruinas incompletas se ha consagrado tanto dinero, tanta paciencia y tanto genio!... Se ha deshonrado á las ciudades. Privadas de estas obras maestras, ¿á qué se parece una reunion de hombres? aquello no es una ciudad, sino un hormiguero. Tambien se ha deshonrado al paisaje, que tanto partido sacaba de esas agujas, de esos campanarios, de todas aquellas altas murallas; lo que no han podido destruir lo han manchado á su placer. De las mas nobles torres góticas se han hecho almacenes, las mas correctas iglesias ojivales se han convertido en caballerizas... Aquella época fabulosa fué tan perversa y tan infinita en su genio de aniquilamiento universal, que apenas se le puede comprender. (5)

El culto de María atetargado por algun tiempo en Francia, se despertó muy pronto y tomó de nuevo su imperio consolador sobre las almas. Napoleon, fiel á sus impresiones de la infancia, escogia el día de la Asuncion para su propia fiesta patronal, y la instituyó en la solemnidad mas grande del imperio: muy pronto reaparecieron las procesiones, las cruces, las blancas banderas y los cantos sagrados en esas bellas catedrales góticas de María, cuyos muros desnudos y altares empobrecidos recordaban la Iglesia primitiva, mientras que sus brillantes peristilos, sus frágiles columnillas, sus torres fieramente levantadas hasta las nubes, pregonaban la época creyente y caballescica

de los tiempos de la fe. Todo lo que habia sufrido, todo lo que habia gemido, cuanto habia temblado, en fin, bajo el espantoso reinado del Terror, vino á arrodillarse á los piés de María; la reaccion religiosa fué enérgica, inmensa, y se hizo sentir en las ciudades y en las aldeas. La Virgen tuvo de nuevo altares campestres en el fondo de los bosques. Sus santuarios, donde no se habia oido por largo tiempo sino el canto de los pájaros ó el zumbido de la abeja revoloteando sobre las pálidas rosas del matutal, resonaron otra vez con los cánticos de los peregrinos. Dióse un paso de gigante en la devocion de la Inmaculada Concepcion, y la Francia entera consagró á la Virgen el mes de las flores, al cual piadosa y prácticamente se habia dado el nombre de mes de María. Las clases mas altas dieron el ejemplo de la devocion á la Virgen; los descendientes de los caballeros sin miedo y de los poderosos barones que en otro tiempo le elevaron tantas capillas y monasterios, la honraron otra vez como en el antiguo y buen tiempo. La piadosa y noble reina María Amalia dió ejemplo.

En Francia, la devocion á María no solo es tierna, sino tambien respetuosa; el francés ve siempre en el cielo á la Virgen santísima, y la honra en consecuencia. En Italia el culto de la Madona tiene algo de mas fervoroso y al mismo tiempo mas familiar. El italiano tiene á la vista desde la cuna imágenes graciosas que le recuerdan los actos de bondad y de misericordia de María. Ella es la protectora de la infancia, el sueño del adolescente, la última esperanza del pecador; por todas partes las fiestas religiosas elevan su pensamiento cual se eleva la rosa de la ninfa por entre las aguas profundas; el ardiente italiano la ve en todas partes, la bendice con todo su corazon, y cuando su oracion no es escuchada, lejos de culpar á María, dice golpeándose el pecho: "¿Es culpa mia! la Madona no me ha escuchado porque soy un grande pecador." ¡Admirable fe aquella ciertamente! fe cristiana sobre todo, porque en iguales ocasiones los paganos arrastraban á sus dioses por el lodo.

La devocion á la Virgen que produjo en la edad media el *Duomo* de Pisa, aquella bella catedral de María, cuyas puertas de bronce, trabajadas segun los diseños de Juan de Bolonia, representan los principales pasajes de la vida de nuestro Señor y de

la Virgen santísima; Nuestra Señora de las Flores, la suntuosa metrópoli de Florencia, que se asemeja á una montaña de mármol de diversos colores tallada en forma de una cruz latina, y tantas obras maestras de grande estilo; aquella devoción, decimos, es tan fervorosa aun como en esa época la mas ilustre de la Italia moderna.

Al desembarcar en Génova, esa ciudad que lleva tan legítimamente el título de soberbia, y que parece haber sido fabricada, dice madama Huel, por una asamblea de reyes, la primera cosa que llama la atención es la devoción del pueblo genovés á la Virgen. En cada ángulo de aquellas calles formadas de palacios, llenas de innumerables hombres del pueblo con sus trajes pintorescos y de mujeres con sus largos velos blancos, se levanta una graciosa Madona esculpida ó pintada que ampara á todo el cuartel; durante el día está embalsamada con los perfumes penetrantes del mirto ó del jazmin, y en la noche se halla iluminada por una lámpara, al mismo tiempo que grupos numerosos se arrodillan á sus pies para rezar las letanías. Es siempre el mismo tiempo en que Andrea Doria rezaba sobre sus galerías el oficio de la Virgen, y puede leerse aun sobre las puertas de la majestuosa ciudad; *bitta di Maria*. Cuéntanse aun en aquella ciudad cincuenta oratorios consagrados á la Virgen Santísima.

Venecia, la reina destronada del Adriático, jamás echaba una barca al mar sin adornarla con la imagen de Santa María. Durante el cólera se refugió en el seno misericordioso de nuestra Señora de la Salud, á quien implora en las grandes calamidades con referencia á San Marcos mismo, su patron, y ofrecióle una soberbia lámpara de plata del peso de ciento seis libras con adornos de cinceladuras de plata sobredoradas. La bella iglesia de María donde se suspendía el *ex-voto*, debe su origen á un beneficio igual. Fabricóse en 1531 sobre el mismo lugar de una casa donde se había declarado la peste de la que la intercesion poderosa de la Madona habia libertado á Venecia. En el centro de la cúpula luce esta inscripcion de una sencillez noble y antigua: *Unde origo, inde solus*.

Nada es comparable á la veneracion que los toscanos tienen á la Madona; en los caminos, sobre los puentes, en las calles, en

las casas se encuentra siempre su dulce imagen sonriendo al transeunte que se descubre delante de ella, y creyéndose que toma parte en cada feliz acontecimiento del hogar doméstico. En cada fiesta de la Virgen los *cantadins* de las cercanías de la encantadora ciudad de Florencia descienden de las alturas plantadas de árboles frutales y regadas con los claros arroyuelos que la encierran como en un semicírculo, y conducen una mula elegantemente enjaezada, la cual cargan con cestas llenas de los mas hermosos racimos de pequeñas gavillas de espigas, de ramas de naranjo y de granado cuajados de frutos y de flores. Ataviados con sus vestidos de fiesta, atraviesan en procesion la ciudad y van á depositar sus frutos y sus flores al pié del altar de la Virgen.

Cuando el gran duque de Florencia, un soberano modelo, volvía á sus Estados después de la caída de Napoleon, su primer cuidado fué trasportarse á la iglesia de *Santa Maria della Nunziata*, donde un gentio inmenso va todos los dias á honrar muy devotamente una imagen de la Virgen, que se dice haber sido acabada por un ángel. En reconocimiento de su vuelta inesperada á sus Estados, el excelente príncipe hizo colgar en la capilla de María una lámpara del mas exquisito trabajo.

Roma no es menos devota á la Madona que Florencia. A cualquiera hora de la mañana ó de la tarde que se recorra la vasta ciudad de San Pedro, se encuentran siempre grupos de romanos arrodillados delante de la Madona, rogándole con una devoción y un fervor verdaderamente notables. En las calles, sobre las plazas públicas, en las casas, se ve su imagen, delante de la cual arden una ó muchas lámparas llenas del mas puro aceite. Tanto el pobre como el rico, todos se imponen este gasto, y tal vez se privarán del pan para poder subvenir á él. Es un espectáculo edificante á la vez que pintoresco, una de esas calles de Roma alumbradas por millares de lucecillas, parecidas á las luciérnegas de un bosque, y resonando con la agresta música de los *pifferari* de la Calabria ó del Abruzzo. Estos músicos montañeses reúnen á todas horas una grande afluencia de fieles al pié de las Madonas, pero sobre todo en el Adviento, porque parecen querer introducir con sus aires rústicos la fiesta de los pastores, la santísima noche de Navidad.

El día de la Asuncion es cuando se revela sobre todo la ardiente devocion de los romanos á María. En aquel día se abandonan todas las iglesias por Santa María la Mayor, la iglesia real con muros de mármol de Paros. La vila deliciosa del roble, con su aire saludable y sus bellas sombras se abandona igualmente; á esta práctica *Uaria cattiva* á la vez que la fiebre reinan en Roma; ¿pero qué importa? la peste existirá, y sin embargo, todos irán. ¿Acaso la Madona no es mas poderosa para protegerlos que la peste para destruirlos? ¡Piadosa confianza! ¡fué verdaderamente maravillosa en los tristes tiempos que alcanzamos! El pueblo romano está allí todo junto, en los lugares vecinos que conducen á la soberbia iglesia de María, y la fiesta se hace con la mayor esplendidez posible. Los hombres se visten con su pintoresco vestido de terciopelo azul; las mujeres se atavian con sus collares de coral, y bajo un gracioso tocado blanco recogen sus largos cabellos de un negro de ébano, prendiéndolos con una aguja de plata ú oro. Todas llevan enormes ramilletes de las mas bellas flores que vienen ó ofrecer á la Madona. Aquel tropel inmenso de creyentes, aquel pueblo del que María es la reina absoluta, se arrodilla en la tierra abrasada que caldean los rayos devoradores del sol de Italia, ó se apoyan de pié contra las casas, que proyectan su sombra sobre esas plazas desiertas. Los italianos, nacidos bulliciosos y gesticuladores, aquellos hombres que parecen siempre servir de tipos para el pintor, olvidan en aquel instante sus costumbres: un soio cuidado los ocupa, ¡a oracion! y rezan con toda su alma, pues rezan con los ojos, con el gusto, con los labios, con el corazon, y se puede decir sin que sea exageracion, que vierten toda su alma á los piés de María.

Cuando el papa ha terminado el divino sacrificio y ha bendecido solemnemente á todo el pueblo arrodillado, las grandes puertas de la vasta iglesia ruedan lentamente sobre sus goznes de bronce, para dar paso á la muchedumbre, que la llena con dulces cantos, flores y perfumes. Llega la noche, se ilumina la ciudad y Roma entera rueda en las calles. Cada uno sin distincion, sin privilegio y con una fraternidad digna de la edad de oro, se agrupa al rededor de su propia Madona, de la Madona del cuartel, por la cual el príncipe romano deja su pala-

cio de mármol, el artesano su tienda y la niña el techo de sus padres; todos oran con tierno fervor. Las mujeres rezan el rosario, los hombres cantan las letanías. De vez en cuando una de aquellas hermosas voces italianas que parecen descender del cielo, entonan un cántico á María y todos callan para escuchar; pero aun aquel silencio es una oracion mental á la Virgen.

“Yo recordaré toda mi vida, dice un viajero moderno, la bella fiesta de la Natividad de la Virgen y la reunion del 8 de setiembre en la plaza Navona, donde circulaban de diez y ocho á veinte mil almas. La imágen de la Madona, magníficamente iluminada, presidia la alegría popular, y bien se conocia al ver por todas partes la decencia, la reserva, y como cierta especie de recogimiento. La vista de una numerosa familia sumisa á la autoridad paterna, puede solo dar la idea de igual compostura en medio de los recojijos públicos, cosa que aun era mas notable en el momento en que la multitud se retiraba en paz, despues de concluidos los fuegos artificiales: cualquiera como yo habria podido ver en esto una prueba de la sabiduría y de la mansedumbre del gobierno pontifical.”

En Nápoles, frente al mas bello mar y bajo el mas espléndido cielo del mundo, la devocion á la Virgen se extiende siempre con la frescura de un lirio que acaba de abrirse. Las fiestas de la Madona son fiestas populares llenas de abandono y alegría; sus iglesias en número de catorce en solo la ciudad de Nápoles, reunen todo lo que la pintura, la arquitectura y la escultura han podido desplegar de lujo y de grandezza; las capillas de María, todas bellas y espléndidas, están adornadas de lapislázuli, de topacios, de jaspero y de otras piedras preciosas. En la iglesia de *Santa Maria Nuova*, la imágen milagrosa de la *Madona delle Grazie* está colocada bajo un dosel de plata cubierto todo de pedrería. Sobre el monte Paurlilpo la iglesia de *Santa Maria Fortunata* ocupaba el antiguo templo de la Fortuna, donde el paganismo suspendia sus *ex-voto*. El monte Rulignano está coronado de una de las mas bellas iglesias napolitanas de María. Cinco arrabales de Nápoles llevan el nombre de la Virgen santísima. Los napolitanos le han consagrado el Vesubio, aquella bella montaña cuya base, podria compararse á los jardines de Armida, mientras su

cúspide se asemeja á una puerta abierta del infierno sobre un rincón desolado del caos. Cuando el cráter vomita sus grandes oleadas de ardiente lava y cuando toda la bahía se ilumina en medio de la profunda noche, como si el incendio final que producen las sibilas fuese á destruir á nuestro globo, el napolitano amenazado, se tranquiliza rogando á María, y los habitantes de las aldeas vecinas del volcan, corren delante de la lava con imágenes de la Madona, á quien oponen á sus destrucciones.

La Sicilia, así como la Cerdeña, es siempre una tierra esencialmente católica; el culto de María es honrado, sobre todo en Palermo y en Mesina. La bella catedral que los reyes de la raza normanda dedicaron á la Virgen santísima, existe siempre en aquella última ciudad; solamente el *campanile* y la aguja que superaba la gruesa torre apoyada contra el portal, han sido destruidos durante el famoso terremoto de 1753, y los sicilianos no han pensado en reedificarlos.

En el Piamonte y en Saboya nuestra Señora es religiosamente honrada. En 1669, el rey Carlos Emanuel declaró á la Madre de Dios la principal protectora de su casa y de sus Estados; aquella declaracion ha sido continuamente renovada por los piadosos sucesores de este príncipe.

En España el culto de María ha sido universal y espléndido hasta fines del siglo XVIII. En la catedral de Toledo, colocada bajo la invocacion de la Virgen santísima, admiraban todos la capilla de *Nuestra Señora del Sagrario*; las columnas y el pavimento eran de mármol, la forma era octógona; veíanse en los sagrarios vasos de oro enriquecidos de diamantes y de otras piedras de gran valor. La estatua de la Virgen santísima, que tenia en sus brazos un niño Jesus de doce pulgadas de alto, de oro macizo é incrustado de diamantes, era tambien de plata maciza y estaba sentada sobre un trono del mismo metal. La catedral de Sevilla tenia por su parte la célebre capilla de *Nuestra Señora de los Reyes*, fabricada por san Fernando, y cuya riqueza era tan inmensa, que pasaba por ser uno de los mas espléndidos santuarios del mundo. La capilla de la Presentacion en Burgos era casi tan célebre. En Madrid, la iglesia de *Nuestra Señora de la Alameda* es una de las mas espléndidas de la

ciudad. Atribuyen á esta Madona el descubrimiento de una gran cantidad de trigo encontrado en el fondo de una torre por una casualidad enteramente providencial, en el momento en que la ciudad oprimida por el hambre estaba á punto de rendirse: el milagro está pintado al fresco en uno de los muros de la capilla de nuestra Señora; pero mucho dudamos que aun existan el altar y la balaustrada de plata maciza.

A un cuarto de legua de Madrid en el recinto de un vasto convento de dominicos, el que hoy sin duda se encuentra desierto como tantos otros, se veneraba la imagen milagrosa de nuestra Señora de Atocha, una madona negra á quien ordinariamente vestian de viuda, cosa que jamás se ha hecho en ninguna otra parte, al menos que lo sepamos nosotros; pero en los dias solemnes la adornaban con vestidos de reina sembrados de magníficas pederrias. La capilla, lóbrega por su estructura, estaba alumbrada por cien lámparas de plata y oro macizo; los reyes católicos tenian allí su tribuna oculta por una reja de cristales, y allí en *Nuestra Señora de Atocha*, era donde se cantaba el *Te-Deum* de la victoria. Carlos III, rey de España, fundó una orden de caballería en honor de la Virgen santísima, á quien él declaró la *patrona universal de España é Indias*.

Hoy dia el astro brillante del cristianismo oculta ligeramente en España su hermoso disco; pero la nube pasará y la Virgen santísima recobrará muy pronto sus derechos en aquella nacion esencialmente religiosa y caballeresca, y como el doctor español que nos ha hecho el honor de traducir esta obra, creemos que la posteridad añadirá algunas páginas de oro á la historia española, en lo perteneciente al culto purísimo de María.

En Portugal, donde María es la reina desde los dias de Alfonso I, su culto es siempre nacional y florece cada dia; ella es la madrina de nacimiento de todas las niñas y sus imágenes son veneradas en bellas y ricas capillas.

La Inglaterra, donde las sectas se asemejan á las cabezas de la hidra, comienza á volver sus ojos hácia el culto romano; numerosas iglesias católicas se levantan en todos los condados bajo el modesto título de capillas. No hace mucho que en Irlanda se encendian en las alturas hogueras de alegría para cele-

brar á la moda antigua un milagro obtenido mediante una novena á la Virgen; era la maravillosa libertad de O'Connell.

Los belgas son siempre el pueblo devoto de María, van en peregrinación á sus santuarios y le consagran las mas bellas y encantadoras capillas de sus catedrales góticas.

Los tirolese tapizan sus muros y sus casas con hechos sacados de la historia de la Virgen santísima.

La rica y tranquila Bohemia multiplica las imágenes de la Madre de Dios en los caminos y las ciudades. En las campiñas de trecho en trecho, una rústica capilla de María, á la vez lugar de oracion y parador de reposo, levanta su techo puntiagudo superado de una cruz, como para indicar al viajero que ella le ofrece un abrigo contra el sol ó la lluvia, y aquella invitacion es religiosamente escuchada.

El Austria con sus costumbres sencillas y puras, con sus gustos poéticos y religiosos, ha quedado fiel á María, y en ninguna parte las ceremonias sagradas de su culto tienen un carácter mas sério y mas tierno.

La Polonia es siempre el reino de la Virgen santísima, á quien los polacos desde 1655 invocan en sus letanías bajo el título de *Regina cæli et Polonia*. Los jóvenes poloneses cuelgan á su cuello la imagen de la Virgen; las madres las ponian tambien en otro tiempo al de sus valientes hijos, cuando salian para ir al combate. Las grandes damas tienen en sus aposentos un oratorio adornado con un retrato de la Virgen; y aquella fiera nobleza polonesa que eclipsaba en fausto á todas las cortes de Europa en las fiestas de Natividad, jamás dejaba de colocar en el lugar de honor de sus suntuosos banquetes un manojito de paja en recuerdo de la profunda pobreza de Jesús y María en el establo de Belen.

Los lituanieses, que si se atiende al orden de fechas son los últimos hijos de María en Europa, pues que no se convirtieron sino hasta el siglo XV, le han permanecido fieles tambien, á pesar del protestantismo, que desde que ha hablado de suprimir el culto popular de María se ha estrellado á sus puertas. Ella es la que remplaza hoy á la blanca Saulé, su divinidad favorita, aquella bella diosa del sol que segun las leyendas místicas de sus abuelos, cada mañana salia de su palacio oriental colocado so-

bre un carro de oro iluminado con mil antorchas de blanca cera para alumbrar el dia, teniendo por compañeros á *Vakazine* (la estrella de la noche) y á *Aursra*, la aurora. Las mujeres lituanieses fieles á las antiguas costumbres de su tierra natal, celebran aun bajo los auspicios de María sus fiestas favoritas de la vuelta de las flores y la conclusion de las mieses; y en el primer dia de la primavera, antes de la salida del sol, depositan sobre sobre sus altares las violetas que vienen á coger desde muy lejos: á ella es á quien invocan sentadas al rededor de la última yerba, mientras sus ágiles dedos tejen gerofélicos con flores, dándoles como en Oriente un pensamiento á cada hoja y un símbolo á cada planta. Aquel pueblo de Lituania, que ama apasionadamente los bosques, los campos y las bellas flores sobre todo, que cultiva al rededor aun de sus mas pobres cabañas, aman á la Virgen santísima mas aun que á todas esas cosas.

Los rusos, que siguen los ritos de la Iglesia griega, profesan la mas grande veneracion por la Virgen; á cualquiera distancia que aperciban su imagen, se prosternan muchas veces, y multiplican con extremada rapidez la señal de la cruz. En Moscow una estatua de la Virgen á la cual se atribuyen milagros, decora una de las puertas del Kremlin: dos centinelas con la cabeza descubierta montan la guardia de dia y de noche, y el pueblo jamás deja de descubrirse respetuosamente al pasar cerca de aquella imagen.

El Czar se hacia coronar en otro tiempo en la bella catedral moscovita de la Asuncion, donde están depositados los cuerpos de los patriarcas rusos: el recinto del santuario estaba cubierto de planchas de plata y oro; los vasos sagrados y los vestidos episcopales de esta catedral son aun de una riqueza inaudita; la imagen de la Virgen santísima, colocada en un gran cuadro sobre el fondo dorado de aquella iglesia, la sacan en las procesiones en una soberbia carroza de cristales, como los carruajes que en otro tiempo servian para la coronacion de los reyes de Francia. Cuatro caballos soberbiamente enjaezados arrastran con un paso lento y solemne este moderno carro triunfal.

Los griegos, aunque cismáticos, tienen siempre el mismo respeto por la *Panagia*; Morca tiene muchos, y muy bellos con-

ventos dedicados á María; el mas célebre es el de la Asuncion sobre el monte Cileno. A algunas jornadas de la célebre cascada de la Stixia, que lleva hoy el dia nombre de Mawonero. Este convento, que posee desde el siglo VIII una imágen milagrosa de María, obsequiada por una princesa imperial de Constantinopla nombrada Eufrosina, está fabricada enteramente de una grande caverna de ciento veinte piés de elevacion con otros tantos de largo. Un sendero estrecho y rápido trazado sobre el flanco de la montaña, conduce á la entrada de aquel convento, que tiene, como los castillos antiguos, una puerta con un rastrollo de hierro, defendida además por una muralla lateral, pasada con numerosas y agudas puas y guarnecida con cuatro piezas de artillería. Este estrecho sendero tan fácil de interceptarse, y en el cual los torrentes de agua hacen cada invierno enormes zanjas, es el solo camino que conduce al monasterio de María, siendo de esta manera inexpugnable aquel santo asilo donde la Panagia es invocada desde hace muchos siglos por los helenos. En la última guerra de la independencia el célebre Ibrahim procuró apoderarse de él, pero en vano. Los trescientos religiosos que le habitaban, se hicieron soldados por necesidad, y supieron defender con valor el santuario secular de su patrona capital. Las costumbres de esos *coloyers*, como les llaman los musulmanes, son sencillas y puras como en el tiempo de su antigua fundacion; gozan de una independencia completa, son laboriosos, fuertes y siempre dignos siervos de la Virgen misericordiosa, han tendido siempre una mano caritativa á todo el que se encuentra oprimido por la desgracia ó el sufrimiento. En el siglo XIV los monges de la Tesalia y de la Fócida encontraron un asilo en el convento de la Asuncion, en el momento mismo en que perseguidos por los turcos, huían sin esperanza de volver al suelo querido de su patria. En el XVII, los pobres religiosos que escaparon á las matanzas de Constantinopla se refugiaron en este convento. En fin, en el siglo XVIII, cuando la guerra devastadora que siguió á la insurreccion de la Morena, habia destruido todo el rededor de ellos; solo su comportamiento, enteramente cristiano hacia los turcos de Calavrita, á sus oraciones y al abandono de una parte de sus riquezas, solo á costa de estos sacrificios se pudo arrancar

á la apostasia ó á la muerte una gran parte de griegos de la Acaya.

Los kleptos, esos bravos montañeses, que tan valientemente y por tan largo tiempo han tenido á raya á los turcos, no son menos devotos á la Panagia que los habitantes de la Morena. Durante siglos y siglos no han tenido otros lugares de oracion que algunas capillas arruinadas, que se suponian habitadas por los vampiros, ó algun oratorio construido en la roca misma bajo la proteccion de la Virgen. Al romper el alba se les veia algunas veces preparar las altas montañas, con su puñal encorvado á la cintura y su largo fusil colocado en bando, la sobre la espalda para ir á misa ó simplemente para ir á rogar en alguna capilla extraviada, que se desplomaba sobre precipicios espantosos, cuya vista tan solo habria dado pavor á un soldado turco. Allí era donde se iba á colgar el *ex-voto* prometido á la Panagia en el momento del peligro, y siempre religiosamente entregado. Aquellas ofrendas generalmente eran efectos preciosos conquistados de los musulmanes con el plomo y con el hierro ó inspiraban el respeto mas religioso; la pública devocion los guardaba, y jamás un klepto, por grande que fuese su necesidad ó su miseria, habria tenido ni siquiera el pensamiento de robar uno de esos objetos consagrados. M. de Touqueville en su viaje á Grecia, cita el hecho de un jefe de banda que habiendo robado cierto *ex-voto* de una capilla dedicada á la Virgen cerca de Vanitza, fué entregado por sus mismos pollikares á Ali-Pachá, por cuyomandato fué ahorcado. La devocion de los peregrinajes lejanos, tan difícil como era para hombres colocados en la posicion de los kleptos, no les era por eso desconocida. A la edad de sesenta años el famoso partidario Bachavas partió á pié para Jerusalem con el mosquete sobre los hombros, seguido de su *protopallikare* (ayuda de campo) y murió en los santos lugares, que parecian las tumbas de Cristo y de la Virgen (6) como parecia haberlo deseado.

El monte Athos, llamado por los griegos modernos *Agion Oros* (montaña Santa) pertenece siempre á María como en los primeros tiempos de los Césares de Bisancio.

Las islas del Bósforo y del Archipiélago encierran numero-

sos conventos de María, aunque pobres; las campanas de estos monasterios del rito griego están suspendidas al viejo tronco de algun ciprés de prodigioso grosor, que cual un fastama se levanta cerca de alguna iglesia ó cementerio. En Scia la mas bella isla de aquellos mares, casi toda la poblacion era católica. Tratada dulcemente, gracias á la poderosa proteccion de la sultana favorita, la encantadora isla habia guardado su religion, su alegría y sus bellas sombras. Acogíase allí al extranjero ofreciéndole ramas cargadas de frutas, y cuando se alejaba se le obsequiaba con flores como recuerdo de hospitalidad. Nada igualaba la pompa de sus fiestas; tenia sus arcontes católicos, como los tuvo en otro tiempo Atenas; sus hijas eran bellas y puras como la sonrisa de María, su *Panagia* idolatrada. . . . La revolucion estalló, y toda aquella alegría, toda aquella paz concluyeron con una horrible matanza. . . . Trescientos jóvenes, las mas hermosas de la isla, fueron degolladas sin piedad por los feroces soldados osmanlies á la orilla de su brillante mar. Ellas cayeron unas tras otras, con las manos juntas y los ojos levantados al cielo invocando á la Virgen, quien las vengó mas tarde, porque el tigre que habia mandado aquellas atroces ejecuciones, Ali-Pachá abrasado él y su navio por el intrépido Canaáis, vino á morir poco después sobre la ribera misma que él habia inundado de sangre, y el vencedor dió solemnes gracias á la Virgen por su victoria.

En la Anatolia y las islas que la cercan; en Chipre, en Tenedos, la raza griega ha tenido en toda su fuerza el culto de María. Mahoma ha triunfado en las ciudades; pero en las cimas de los montes y en la region de los nublados, se enarbola la sagrada bandera de la *Panagia* sobre los altos monasterios. Algunos helenos han olvidado la lengua de Demóstenes y de Isócrates, pero no el Evangelio, pero no la devocion á María, y rezan en turco el símbolo de su fe y la salucion del ángel. (7) Allí, en lugar de las iluminaciones de Courban-Bairam, se hacen fuegos de alegría á los cuales se ha dado el nombre adoptivo de hijos de la Virgen, y á la fiesta de Mahoma la fiesta de nuestra Señora del Monte Olimpo.

Los georgianos, que llevan en su estandarte la imágen de San Jorge, y que solos, gracias á su indomable coraje, entra-

ron hácia la edad media en Jerusalem con banderas desplegadas, para concluir sus devociones, sin pagar el tributo impuesto á los otros cristianos; (8) los georgianos son siempre los fieles súbditos de la Virgen sagrada, la reina celestial de su patria montañesa; los picos mas elevados están coronados entre ellos con una iglesia ó una capilla de María, pero colocada á tanta altura que ni aun ellos mismos pueden subir en todo tiempo, y se ven forzados, dice Chardin, á saludarla tan solo profundamente desde el fondo de sus valles, cosa que jamás dejan de hacer.

El habitante de Mingrelia, que duerme con la cabeza apoyada sobre su carabina y la cimitarra al lado, va á venerar en sus iglesias las reliquias de la Virgen santísima, que se guardan allí con profundo respeto desde los primeros siglos del cristianismo.

La Armenia, enclavada en medio de poblaciones musulmanes, tanto se ha doblegado ante el baron como en presencia del Zend-Avesta y ha quedado casi lo mismo que estaba en el siglo V poco después de las guerras santas; tan no lo ha hecho, que está dividido en dos campos, de los cuales el uno profesa el cristianismo con Roma y el otro con Nestorio; pero en una y otra parte la Virgen es religiosamente venerada. Todo armenio ayuna quince dias antes de la fiesta de la Asuncion, introducida antiguamente en las legiones del Cáucaso; y como este pueblo ha conservado de los judíos los sacrificios de los animales, apenas se encontrará en aquel día ninguna buena familia armenia que no sacrifique un cordero en honor de María.

El Líbano, aquella hermosa montaña de cien leguas de circuito, cuya base occidental baña el Mediterráneo, mientras que la Palestina las limita al Mediodia, está toda poblada de católicos. Sobre una de sus llanuras elevadas está la aldea del Eden, llena de límpidas aguas, de frescas sombras, y dominándola una iglesia arzobispal: en esta iglesia existe un altar elevado á María, y á la derecha de aquel altar es donde nace de una manera tan maravillosa el Nakar-Rossena (*rio principal*), que descendiende de una inmensa roca erizada de cipreses. El Nakar-Kadisha (*rio santo*), el hijo de las eternas nieves, que vió en otro tiempo sobre sus orillas á tantos solitarios ocupados en

reproducir en cedro la imagen de María, se precipita siempre de las mas grandes alturas en sabanas espumantes, y conserva el nombre que recibia de la piedad de los ermitaños de sus rocas, desde los primeros siglos de la Iglesia. A una hora de camino del lugar donde el rio santo reúne sus aguas rápidas y bulliciosas, se levanta Tiro, la antigua dominadora de los mares; su célebre catedral de Nuestra Señora, destruida durante las últimas guerras de las cruzadas y poco tiempo después de su reedificación no son ya sino ruinas magnificas cuyas grandes bóvedas é inmensos arcos se diseñan sobre el brillante azul del cielo de Siria, en donde se oye como un quejido profético el ruido monótono y lejano de las olas; pero en una iglesia menos visible, las cuatrocientas ó quinientas familias católicas que pueblan á Tiro invocan siempre con fervor á María. La linda ciudad de Nazareth, á donde se llega por una encantadora alameda de olivos, está tambien poblada de católicos su iglesia de tres naves, fabricada por el modelo de la de Santa Elena, está siempre llena de peregrinos y de fieles que van á orar allí. Por todos los muros se encuentra no solo el dulce nombre de María, sino tambien sus imágenes, á las cuales la piedad de los cristianos de Oriente se complace en adornar con las flores mas bellas.

La Jerusalem moderna, cuya poblacion parece formada de los restos de los pueblos, que ve en su seno la sinagoga judía, al lado de la mezquita musulmana y de la iglesia cristiana, no está, ¡el cielo sea loado! desprovista de altares á María; la descendiente de los reyes de Judá es invocada aun de rodillas en la capital del santo rey David, y todas las diferencias religiosas se borran al pié de la tumba donde el armenio, el griego, el árabe, el turco y el cristiano de Occidente se reúnen y donde del mismo modo se ve rogar á las márgenes turcas bajo sus velos; mientras que un caloyer griego, vierte gotas de rica esencia de rosa sobre las cabezas de aquellos que vienen á honrar á María.

La veneracion que en el Levante se tributa á la Virgen, ha dejado muy atrás hasta la de los mismos infieles. Los turcos y los persas, que la ruegan del modo mas honroso, la tienen por la mujer mas pura y mas perfecta que ha existido jamás. Tam-

bien se les ha visto continuamente ofrecer lámparas consagradas delante de sus imágenes, traer á las iglesias sus niños enfermos, rogar devotamente sobre su tumba, y lo que es mas extraño todavía entre los adoradores de Alah, fabricarle templos ellos mismos. (9)

En Abisinia el culto de la Virgen santísima es siempre tan popular como en los tiempos pasados; las iglesias que llevan su nombre oriental de *Mariam*, se encuentran en gran número en las ciudades, en lo alto de las montañas y sobre las orillas de los rios; están cubiertas de rastrojo, rodeadas de una galería exterior y superadas de una cruz de hierro, cuyos brazos numerosos están adornados con huevos de avestruz; un cementerio, que es un asilo inviolable los rodea, y están magnificamente sembradas por sabinos y aloés gigantescos. En el interior se ven adornados los muros de brillantes frescos que representan á la Virgen, san Miguel ó san Jorge, uno de los santos mas populares del Oriente; el pavimento está algunas veces cubierto de tapices de Persia que los musulmanes traen de Massaouah y que venden carísimo á los cristianos. Generalmente hay una galería al rededor de estas iglesias, y en el centro se encuentra un santuario cuadrado, cuyo acceso no es permitido sino á los sacerdotes; allí es donde se coloca el ara santa que encierra el pan y el vino destinados a la comunión. La veneracion que los abisinios tienen á la Virgen es tan grande, que segun ellos el mundo ha sido creado por ella y para ella; hacen preceder la fiesta de la Asuncion de un ayuno de quince dias como los ceptos y los sirios; sus reyes se titulan *hijos de la mano de Mariam* (María) y muchos de entre ellos toman su nombre. En fin, viajeros que han reconocido la Abisinia en 1837, nos dicen que los abisinios cuando piden una gracia ó hacen una invitacion, es siempre en el nombre de María; ellos no juran sino por Maria (*bé Marian*), y siempre tienen su nombre en los labios.

Esta devocion ardiente de los abisinios á la Madre de Dios, ha dejenarado algunas veces en verdaderos actos de fanatismo. En 1714 cuando los misioneros alemanes de la órden de San Francisco, enviados por el papa Clemente XI, probaron de traerlos á la unidad de la fe, los monges cismáticos traspasaron

los límites, haciendo circular el rumor de que aquellos religiosos de Europa eran enemigos declarados de la Virgen santísima. Esa mentira tuvo consecuencias espantosas; el pueblo se revolucionó, el emperador, que protegía á los misioneros, fué envenenado, y los padres Liberat, Veis, Pié de Zerbey y Samuel Bienno fueron apedreados por un populacho enfurecido. Un monge etíope arrojó la primera piedra gritando: "Maldito y excomulgado será de la Virgen santísima el que no arroje cinco piedras á sus enemigos!" Ay, aquellos pobres franciscanos fueron, por tanto, los mártires que la Virgen tuvo en el mundo!

Hoy día el culto de María se extiende en las Indias paso á paso. El rosario se reza entre los indios desde las costas del Malabar, entre los chinos, los siameses, los pueblos de Tonquin y de la Cochiuchina; este es el solo libro de oraciones que poseen aquellos católicos de países tan lejanos, y esta es la primera cosa que piden al percibir algún sacerdote de Europa (10) Las iglesias de las Indias llevan comunmente el nombre de María; la de la Natividad de la Virgen en Pondichery es una de las más notables. Se ha fundado en esta iglesia del Malabar una novena que es la causa de un gran número de conversiones en un país, en que las conversiones son tan difíciles, y se empieza con una procesion hecha de noche con mucha pompa. Dos altares que los fieles del Malabar adornan con cajas de flores y musolinas bordadas de oro, reciben á su turno bajo los globos de fuego que los iluminan, la santa imagen de María llevada sobre un carro triunfal. La procesion desfila con lentitud al sonido de una música ruidosa entre dos líneas de antorchas. En cada uno de los altares de descanso cesan todos los ruidos, y una voz infantil canta las alabanzas de la santa Madre de nuestro Señor, después de lo cual la imagen de la Virgen es solemnemente llevada á la iglesia y colocada sobre su altar magníficamente iluminado. (11)

La América meridional se distingue siempre por su devocion á María. El Brasil le ha fabricado iglesias modernas, donde le ha prodigado riquezas iguales á su poder. El Perú le dedicó desde el principio su magnífica catedral de Lima, bajo el título de la Asuncion, y construyó su pavimento de plata en lugar de mármol. Cuzco, la ciudad de los incas, ha consagrado á Ma-

ría su templo del Sol, cuyas murallas estaban cubiertas de espesas planchas de oro macizo y de extraordinarias dimensiones. Los dominicos, cuyo templo forma hoy día la iglesia abadial, habian erigido á María una capilla enteramente peruana por los brillantes materiales de que estaba adornada; baldosas de plata, altar de plata, estatua deslumbrante de oro, espléndidos *ex-voto* españoles y americanos, nada faltaba allí. María tuvo altares no menos ricos en el antiguo templo de Quilla (*la luna*), que los antiguos peruanos habian levantado de plata; en el de Yllapa (*el rayo*) y de Chasca (*la estrella de la tarde*). En Méjico, las catedrales y los altares dedicados á la Virgen son de una rara magnificencia. La catedral de la Asuncion en Méjico, empezada en el siglo XVI y terminada en el XVII, posee dos estatuas de la Virgen que exceden con mucho á cuanto la Europa puede ofrecer de mas espléndido en este género. La primera es una nuestra Señora de la Asuncion de oro macizo incrustada de piedras preciosas y de un peso considerable; la segunda una Concepcion de plata maciza. La catedral de Puebla de los Angeles, dedicada á la Concepcion, tiene un grande altar de María que solo él vale tanto como un templo; el altar es de plata y está cercado de columnatas con plintos y capiteles de oro bruñido.

En Santo Domingo, bajo la dominacion francesa, todos los años hacíase pomposamente la procesion del voto de Luis XIII. Desde que se ha erigido la república de Haiti, se ha relegado aquella costumbre; pero no la devocion á María, á quien los negros invocan siempre con una confianza sin límites. Los haitianos tienen dos peregrinaciones á la Virgen, el uno en la antigua parte española y el otro en la antigua parte francesa; comunmente va uno mandado por muchos: cuando un negro peregrino parte para el piadoso viaje, golpea á todas las puertas antes de ponerse en camino y recoge las ofrendas que cada uno envía á la Virgen. Los negros de distincion han llevado de África un uso pagano que han cristianizado en las Antillas; cuando ellos quieren asegurarse si poseen el afecto de sus esposos, llevan á la orilla de su mar resplandeciente con el sol una ligera tabla de las islas, toda pasada con canutos de caña, en los que colocan velas de cera blanca encendidas: después de haber invocado á María, colocan con minuciosas precauciones la pequeña

jaugada sobre las olas de su pequeño golfo, y si se mantiene algun tiempo sobre las aguas sin sumergirse, bendicen á la Virgen persuadidos que pueden tranquilizar su corazón.

La numismática, que ha conservado la efigie de los soberanos perdidos para la historia, ha querido eternizar el recuerdo del culto de María. Entre casi todos los pueblos cristianos se han gravado medallas en honor de la Virgen y se ha colocado su imagen sobre monedas.

La emperatriz Teofania, que en 950 se desposó con Romano el jóven, es la primera que nos presenta la figura de la Virgen sobre las monedas. Ella está colocada sobre el reverso; su cabeza adornada de una *aureola*, lleva un velo, y sus dos manos están levantadas á la altura del pecho; al rededor se lee la inscripción: Madre de Dios.

El segundo marido de esta princesa, Juan Zimiscés, que subió al trono imperial en 969, hizo tambien grabar una medalla sobre la cual se veia por un lado la figura de Cristo, *Emmanuel*. Sobre el reverso está colocada la Virgen sentada sobre un trono y teniendo al niño Jesús sobre sus rodillas. Delante de ella están representados los tres magos llevando sus ofertas; encima de la Virgen hay una estrella y bajo sus piés dos palomas.

El primer emperador que colocó la imagen de la Virgen sobre sus monedas, fué el emperador Romano IV, llamado Diógeno, que subió al trono en el año de 1068. Vese sobre sus medallas á la Virgen teniendo sobre su pecho la cabeza del niño, tal como lo habia prescrito el concilio de Efeso. La Virgen lleva el vestido y el tocado de una emperatriz, al rededor de su cabeza están entrelazados á sus cabellos muchos hilos de perlas, y se ve su frente ceñida con la diadema imperial. Conserva la *nimbe* ó aureola, pero no tiene velo. Sobre el reverso de la medalla se lee esta inscripción: *La Madre de Dios sea propicia al emperador Romano Diógeno*. Muchos emperadores pusieron aun la efigie de la Virgen sobre sus monedas; pero desde Juan Zimiscés hasta la toma de Constantinopla no se encuentra ya la letra *M* sobre las monedas del Bajo Imperio.

No solo fueron los griegos los que dieron á María esta señal de respeto; muchos de los Estados modernos llevan aun sobre sus monedas la efigie de la Virgen santísima.

En los Estados del papa se ve sobre el nuevo escudo romano la imagen de la Virgen sobre un campo de plata, llevado sobre las nubes y teniendo en una mano las llaves y en la otra una arca con esta inscripción: *Supra firmam petram*. La ciudad de Génova tiene tambien sobre sus genovinos, *La Virgen llevada sobre nubes* y teniendo al niño Jesús en uno de sus brazos; la inscripción es: *Et rege eos*. El Austria tiene dos ducados de oro, sobre los cuales se ve á la Virgen llevada sobre nubes, teniendo en sus brazos al niño Jesús, que tiene en la mano el globo del mundo, y la inscripción es: *Maria Mater Dei*. El mismo Estado tiene tambien maximilianos de oro, sobre el reverso de los cuales está la Virgen llevando al niño Jesús, quien tiene en sus manos el globo del mundo, y su inscripción es: *Salus inte sperantibus*. Los carolinos, ó tres florines de oro del mismo imperio, presentan tambien sobre su reverso á la Virgen santísima llevando al niño Jesús, con la misma leyenda que los maximilianos. La Baviera acuña tambien maximilianos de oro y carolinos que llevan la misma efigie y la misma inscripción. El Portugal pone sobre sus cruces de oro el nombre de María, *Maria*, superado de una corona de dos ramos de laurel; en el lado opuesto se encuentra una cruz con esta inscripción: *In hoc signo vinces*.